

GIJÓN PUERTO ROMANO

NAVEGACIÓN Y COMERCIO EN EL CANTÁBRICO
DURANTE LA ANTIGÜEDAD





LA BAHÍA DE GIJÓN Y LAS RUTAS MARÍTIMAS PRERROMANAS EN LA COSTA CANTÁBRICA DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

Jorge Camino Mayor

Ángel Villa Valdés

LA COSTA CANTÁBRICA Y LA NAVEGACIÓN ANTIGUA

No existen apenas estudios que hayan abordado específicamente el tema de la navegación y de sus efectos comerciales en época protohistórica en la región cantábrica. La situación es bastante desconcertante, pues no hay tampoco ninguna noticia histórica que arroje la más mínima luz acerca de pecios ni de alguna suerte de instalaciones portuarias. Estas últimas, en zonas de abrigo como ensenadas o cursos de estuario, no exigirían sofisticados ingenios, pues todo podría cifrarse en pantalanes pilotados o simples varaderos, tal como ocurrió con muchos puertos medievales y lugares tradicionales de atraque. Por si fuera poco, el carácter más artesanal que industrial de los productos puestos en circulación, la exigüidad del registro arqueológico indagado y la escasa recepción de objetos de procedencia mediterránea, los mejores caracterizadores hoy en día de las relaciones marítimas, complican excesivamente la interpretación histórica de los intercambios prerromanos por vía marítima. Ahora bien, para comprender en su justo significado la parcialidad de la documentación arqueológica, puede ser un ejercicio ilustrativo contraponer ese panorama con el de los tiempos medievales en la misma región. ¿O es que el conocimiento material de la navegación comercial en plena y baja Edad Media, con los agravantes de haber sido más cuantioso y de estar sus elementos sometidos mucho menos tiempo a la destrucción, es claramente mejor? ¿En verdad podría imaginarse la trascendencia de la navegación en este período en tantas villas costeras si no fuera por la expresiva documentación escrita? Hablando con propiedad, sólo un puñado de obje-

tos en todo el Cantábrico y para el largo período de casi tres milenios pueden vincularse al tráfico marítimo, y con mayor rigor únicamente un mínimo lote de productos de origen mediterráneo podría ser testimonio de aquél. En definitiva, el gran vacío de la información arqueológica puede explicarse por la escasez de investigaciones y por las circunstancias deposicionales de la costa regional que, con un área marítima muy batida y fondos de ría en creciente relleno, dificultan el hallazgo de elementos representativos. De hecho, otras regiones europeas que asoman al mismo ámbito oceánico pretextan mejores argumentos probatorios sin que las condiciones tecnológicas o sociales durante gran parte de esa etapa hayan sido muy distantes.

No obstante, a la hora de plantear las relaciones comerciales prerromanas, además de acudir al comentado repertorio de manufacturas selectas, hoy es factible incorporar, aunque sea de manera incipiente, un elenco de poblados fortificados distribuidos por la costa cantábrica y sus valles litorales, algunos de los cuales ya se sabe que pertenecen al primer milenio a.C. En este sentido, el avance investigador experimentado en los últimos años en la región cantábrica es espectacular y permite no sólo matizar aspectos cronológicos, sino dotar de un contexto habitacional y social a colecciones de objetos en un paisaje hasta ahora deshumanizado.

Aunque muy fragmentariamente, algunos textos clásicos aluden a la existencia de rutas navieras o expediciones de gran cabotaje de procedencia mediterránea en tiempos prerromanos que interesarían a las costas cantábricas, tales como el relato de las *Costas marinas* de Avieno y el derrotero de Piteas. La tecnología naval indígena, debido a su naturaleza, piraguas de madera o barcas de cuero, no sale muy airosa de los comentaristas greco-romanos. Con todo,

los *currachs* de cuero, que podían estar dotados de vela, eran comunes a todo el ámbito atlántico y se sabe por numerosos relatos altomedievales que los monjes irlandeses los utilizaban con asiduidad en sus expediciones entre las islas y el continente. De su navegabilidad, incluso en un buque de mediano porte, sirve de refrendo el experimento arqueológico de la nave Breogán (Alonso Romero, 1999). La reproducción áurea de la nave irlandesa de Broighter, los cascos de tablazón machihembrada del Bronce Final de North Ferriby y el de cuadernas de Dover (Ruiz-Gálvez, 1998, 77), o la sorpresa que despertó en César (*B.G.* 3, XIII-XIV) la entidad constructiva de la flota de los vénetos, advierten de unas posibilidades navieras superiores entre los pueblos atlánticos.

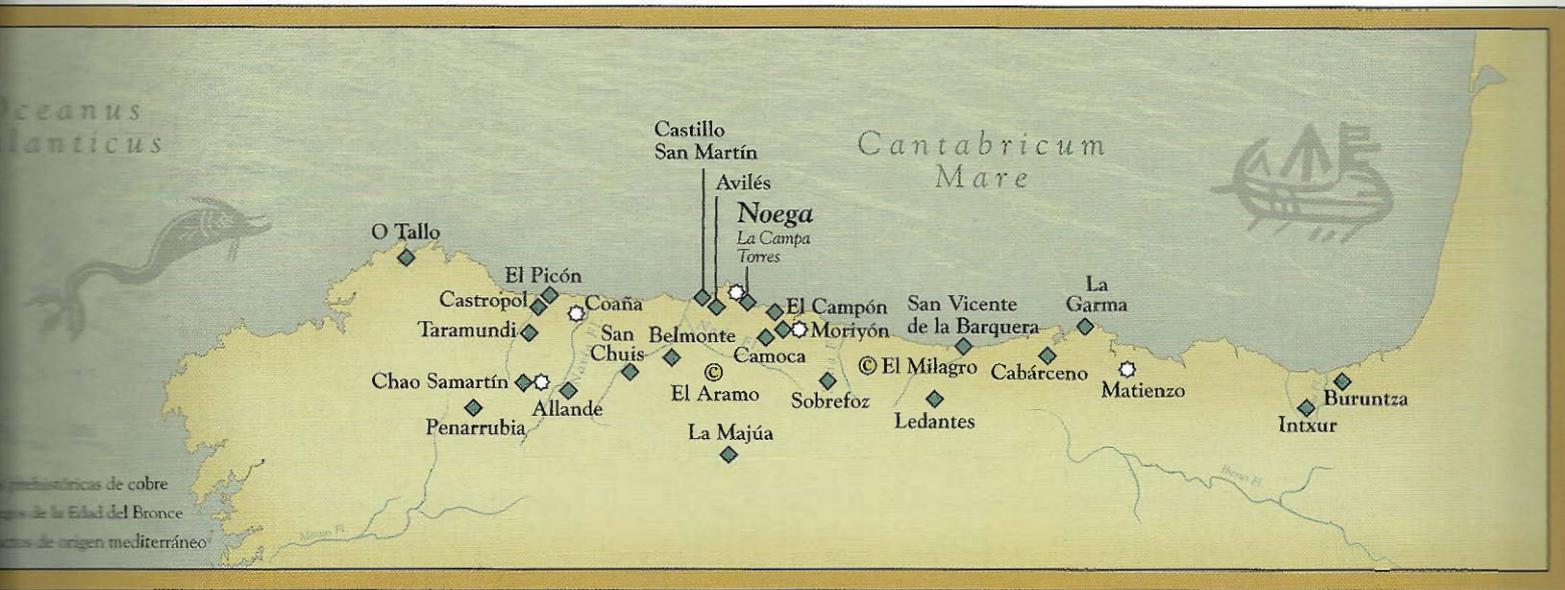
EL BRONCE FINAL-PRIMERA EDAD DEL HIERRO

La existencia de contactos marítimos entre los pueblos del occidente europeo desde la cultura megalítica en el IV y III milenio a.C. es defendida por diversos investigadores, como modernamente G. Eogan, pero no es hasta la eclosión de la primera metalurgia que el registro arqueológico comienza a mostrar objetos y analogías con valor probatorio de los contactos oceánicos. El valor del metal en forma de objetos suntuarios de oro, cobre y bronce, o utilitarios de las dos últimas materias, propició el origen de nuevas actividades expresamente interesadas en su consecución: extracciones mineras, fundiciones metalúrgicas y expediciones comerciales entre otras. El metal fue un factor determinante en la intensificación tanto de la complejidad social de las comunidades, como del incremento de las relaciones suscitadas entre ellas. La tipología de las manufacturas y sus características tecnológicas hacen que toda la vertiente cantábrica participe de grandes paralelismos con el conjunto de regiones que orillan al Atlántico desde el sur de las Islas Británicas hasta la fachada occidental de la península ibérica, dando lugar a la identidad cultural conocida como Bronce Atlántico por Martínez Santa-Olalla, Coffyn y Ruiz-Gálvez, o complejo Atlántico por P. Brun, que reproduce a cierta escala en esta gran región los circuitos comerciales en el Mediterráneo y entre este mar y el centro del continente.



Caldero casi remanente de Cabárcena.

Hay razones para creer que desde los primeros testimonios metalúrgicos en el Cantábrico, hacia mediados del III milenio a.C., se daban las condiciones precisas para la circulación del metal entre las distintas comunidades, constituyendo la vía marítima uno de los cauces utilizados. Baste citar aquí las destacadas labores subterráneas de las minas de El Aramo y El Milagro, a buen seguro sólo el exponente de una realidad minera más difundida en la mitad oriental de Asturias, una de las selectas zonas ricas en carbonatos de cobre ya en actividad en aquellas fechas (De Blas, 1998), para enmarcar el contexto de las relaciones que comienzan a producirse. Buenos ejemplos de las influencias o materiales propagados en la larga etapa del Bronce Antiguo pudieran ser los discos áureos de tipo irlandés (Mac White, 1951) hallados en algún lugar del occidente de Asturias, o el anillo de tiras del dolmen de La Mata del Casare con paralelos atlánticos más genéricos (De Blas, 1994). Otras piezas más avanzadas como la espada cántabra de Cueva Llusa I, que apunta a lazos con Bretaña (Almagro Gorbea, 1976), y las hachas sin asas de Pruneda –Asturias– y Virgen de la Peña –Cantabria– vinculadas a Bretaña o al sur de Inglaterra (De Blas, 1983; Arias y Armendáriz, 1998, 66), dan cuenta de la persistencia de los contactos. Se admite, sin embargo, que es a partir del siglo XII a.C., aproximadamente, cuando se produce una reanimación de los circuitos atlánticos, tenues primero y más intensos en los primeros siglos del último milenio, esto es, durante el período del Bronce Final. Prácticamente to-



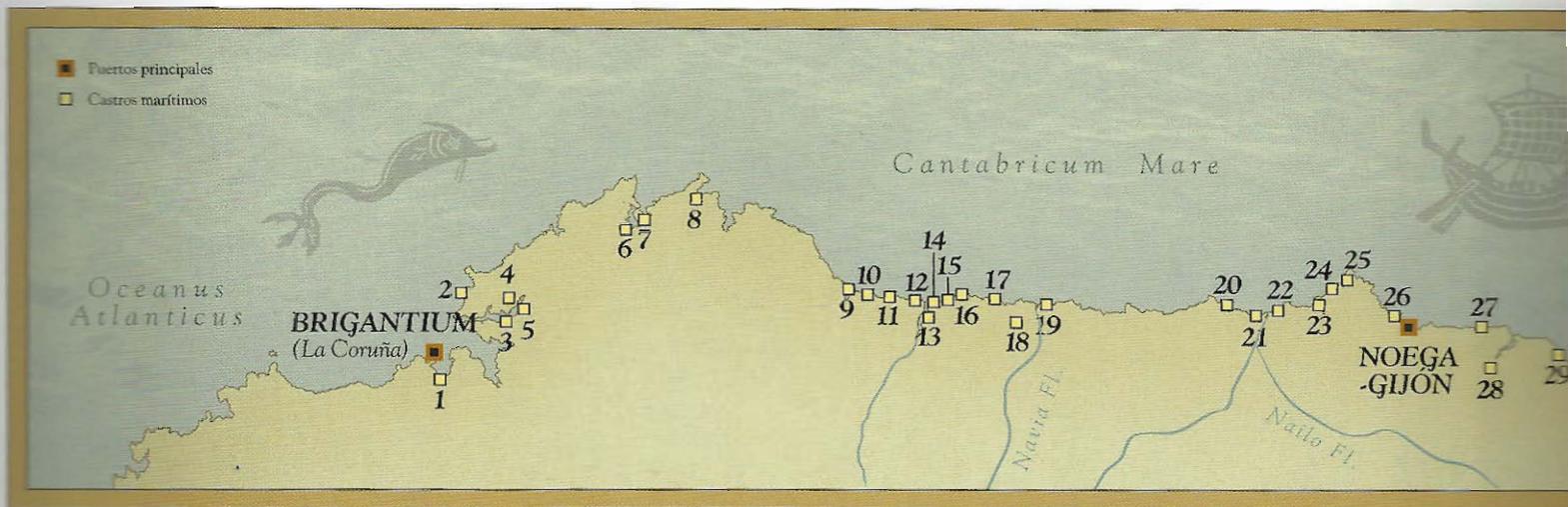
de la Edad del
de la Edad del Bronce
de origen mediterráneo

das las clases de objetos metálicos de la región cantábrica, que ahora aparecen en mayor y más variado número, se insertan en tipologías de amplia expansión por la órbita atlántica. Entre el catálogo de productos deben destacarse, con independencia de otros muchos objetos gallegos o de la Meseta (Monteagudo, 1983), los calderos de planchas remachadas de origen irlandés (Mac White, 1951; Coffyn, 1985), que pudieron ser reproducidos en la península (Hawkes, 1952), uno de cuyos mejores ejemplos es el aparecido íntegro en uno de los pozos de las minas de hierro de Cabárceno –Santander–, pero de los que se documentan fragmentos en numerosas localizaciones, caso de los castros de Camoca, La Campa Torres, etc. Lo mismo cabría decir de las puntas de lanza seguidoras del taller francés de Vénat como la de Allande, y quizá también la de Sobrefoz con otros del centro de Francia (De Blas, 1991-1992, 129), si bien la aleación binaria de la primera la aleja de las manufacturas foráneas. Algunas piezas, como sendas hachas de talón y anillas de San Vicente de la Barquera y otra de una anilla de Avilés, halladas en las inmediaciones de las rías epónimas, podrían tener alguna relación con el tráfico marítimo.

En sentido inverso, también es razonable suponer que las hachas de apéndices laterales y las de talón y anillas –tan propias de la mitad noroccidental peninsular donde han de encontrarse sus centros productores– localizadas en el oc-

cidente europeo –Francia, Islas Británicas– sean consecuencia del tráfico de bienes en lletes de dirección contraria, sin que pueda excluirse del todo, justo es decirlo, la utilización para ello de las vías continentales.

Uno de los aspectos más relevantes de las investigaciones de los últimos años en la región cantábrica es la vinculación establecida entre los últimos compases del Bronce Final y el surgimiento de los primeros poblados fortificados hacia el siglo VIII a.C. Esta asociación había sido planteada reiteradamente con anterioridad, sobre todo en la región asturiana por diversos investigadores –García y Bellido, Jordá, Maya–, pero siempre a partir de la proximidad entre algunos castros y objetos aparecidos sin contexto, y de la extrapolación de lo acontecido en otras comarcas con esa misma cultura. Este hecho no sólo permite respaldar de contexto cronológico a un numeroso repertorio de hallazgos aislados, sino que además ofrece la posibilidad de relacionarlos con otros elementos de la cultura material y con la materialización del dominio territorial de las comunidades. Esta circunstancia parece clara en la mitad occidental del Cantábrico con castros como O Tallo (Ramil, 1989, 60, 61), el ya clásico de Penarrubia –Lugo– (Arias Vilas, 1979), primera etapa del Chao Samartín (Villa, 2002a), quizá San Chuis (Villa, 2002a, 166) del que se han publicado dataciones sin contexto arqueológico (Cuesta *et al*, 1996), la primera fase de La Campa Torres (Maya y Cuesta, 1999), el Castillo de



- | | | |
|------------------------------------|--|--|
| 1. Elviña (A Coruña) | 11. Castro de Meirengos (Ribadeo) | 21. Curión (Cudillero) |
| 2. Castro de Lombadiz (Ferrol) | 12. Os Castros de Piñeira (Ribadeo) | 22. El Campón (Muros del Nalio) |
| 3. Os castros (Murgados) | 13. Os Castros (Castropol) | 23. El Cantu Figal (Nieva, Gijón) |
| 4. Castro de Couto (Narón) | 14. O Corno (Castropol) | 24. El Castiellu (Molin del Puerto, Gijón) |
| 5. Castro das Pias (Fene) | 15. El Campo de San Lorenzo (Tapia de Casariego) | 25. Los Garabetales (Oranda, Gijón) |
| 6. Punta dos Prados (Ortigueira) | 16. El Castelón (Tapia de Casariego) | 26. La Campa Torres (Gijón) |
| 7. Espasante (Ortigueira) | 17. Cabo Blanco (Valdeparés) | 27. El Picu Catalán (Tazones) |
| 8. Punta do Castro Vilella (Mañón) | 18. Castro de Coaña (Coaña) | 28. El Moriñón (Villaviciosa) |
| 9. Fazouro (Foz) | 19. El Castriñón (Navia) | 29. El Castru (La Isla, Colunga) |
| 10. Punta de Castro (Foz) | 20. La Cavora (Cudillero) | |

Camoca y El Campón de Olivar en la ría de Villaviciosa (Camino, 1999). Pero es posible que deba extenderse hacia el Cantábrico oriental, hasta ahora un mundo privativo en ocupaciones y enterramientos en cueva, a partir de lo que muestra el recinto de La Garma en el centro de Cantabria (Pereda, 1999) y el resultado de algunas dataciones de los poblados fortificados vascos de Intxur, Buruntza y algún otro que llevan a comienzos del primer milenio a.C., aunque al igual que en San Chuis faltan de momento estructuras y materiales arqueológicos (Peñalver, 2001, 242). Algunos de estos poblados se encuentran en el confín marítimo, dominando grandes valles abiertos a la costa: Punta do Tallo, Campa Torres, Camoca, Olivar, La Garma –sobre la gran bahía de Santander–, y tuvieron una intensa actividad metalúrgica –Campa Torres, Camoca–. Algunos de ellos ilustran ya de bastantes aspectos de la producción y circulación del metal.

El Castillo de Camoca se emplaza en el centro del valle de Villaviciosa, unos 4 km más arriba del lugar en que la ría era navegable en tiempos históricos, y en el eje de las rutas terrestres que unían ese *hinterland* con el interior de la región. Dentro del poblado se efectuaron trabajos metalúrgicos

de cierta entidad, pues en la reducida superficie excavada se registraron escorias, fragmentos de vasijas-horno y de moldes, coladas de bebederos, alguna posible barra-lingote y abundante chatarra, además de una estructura de hogar exterior donde debió de realizarse la fundición. Entre los objetos se reconocieron un anillo, fragmentos de una hoz nervada de lengüeta, un colgante, un broche laciforme, abundantes planchas remachadas de caldero y posibles trozos de brazalete. Además, uno de los moldes debía de destinarse a hojas de nervio central, probablemente de espada o de puñal. Las aleaciones entran en los cánones de la composición atlántica con elevados porcentajes de plomo. Es de destacar que sólo se recogieron dos fragmentos de hierro prácticamente inidentificables y la industria siderúrgica no está constatada en el poblado. En las inmediaciones de la boca de la ría, a una decena de kilómetros del anterior, se encuentra el castro de El Campón sobre un amplio estero que más adelante acogería el asentamiento romano-visigodo de Rodiles. Se obtuvo una secuencia estratigráfica que permite establecer la contemporaneidad, al menos parcial, con el de Camoca durante la primera Edad del Hierro (Camino, 1999). En consonancia con los cir-

Castros marítimos cantábrico.



Fragmentos de vasijas prerromanas en el castro de Moriyón,

cunscritos fines de la excavación, el repertorio mobiliario es reducido y no es expresivo para el tema que estamos desarrollando. No obstante, su aptitud para el circuito comercial de la ría es evidente y pudiera ser una de las causas explicativas de su surgimiento.

Lo que se ha denominado período fundacional de La Campa Torres, en realidad la fase antigua correspondiente a la primera Edad del Hierro, cuenta con algunos hallazgos materiales similares a Camoca. Este momento se ha tendido a centrar a finales del siglo VI o principios del V a.C. (Maya y Cuesta, 1995, 109, 110 y 113). Más recientemente se ha planteado una posible datación para el origen del castro en el siglo VII a.C. (Maya y Cuesta, 2001, 83-85), aunque otros especialistas sugieren el siglo VIII a.C. para la fundación del poblado (Camino, 2000). La diversificación constatada en alguna zona excavada últimamente del estrato VII en varios niveles superpuestos (Maya y Cuesta, 2001, 70 y 74) pudiera refrendar la dilatación temporal de esa fase. Las especiales condiciones del emplazamiento adentrado en la mar y en cuyos flancos se sitúan respectivamente la ría de Aboño y la gran rada de Gijón en la que se instalará la ciudad romana de Cimadevilla, debieron dotar-

lo de inmejorables aptitudes para las relaciones marítimas. Una enorme cuantía de restos de fundición acreditan una intensa industria metalúrgica en el poblado prerromano desde el momento fundacional y de una forma continuada si bien no deja de ser cierto que al carecer gran parte de ellos de asignación estratigráfica o estar en contexto revuelto es difícil calcular su ritmo a través del tiempo. No son muchos los objetos de esta época que remiten a contactos exteriores, pero no faltan brazaletes, broches laciformes colgantes de peana moldurada, planchas de caldero claveteadas y restos de una fíbula de doble resorte algo peculiar.

El castro del Chao Samartín en las sierras del suroccidente de Asturias ofrece una renovada imagen de la cultura castreña occidental con una larga secuencia ocupacional que puede ser paradigmática en el margen oriental del foco del noroeste. La etapa más vieja está representada por un recinto de modestas dimensiones que ocupa la parte alta de una plataforma suspendida sobre un profundo valle. Una monumental empalizada, a veces sustentada en un banco y un foso en el lado menos pendiente rodean el recinto. En su interior se identificó la sólida cimentación de una gran edificación de planta rectangular y 15 m de eje. Aparte de unos fragmentos cerámicos faltan los convencionales restos de residencia doméstica. En cambio, se registró una enorme plancha circular de más de un metro de diámetro formada por láminas de bronce remachadas que revestían un fondo de madera, quizás un gran escudo con posibles paralelos meridionales o centroeuropeos. Abundando en la singularidad del lugar, junto a la entrada una pequeña cista soterrada contenía una bóveda craneal humana. Las dataciones radiocarbónicas sitúan esta ocupación en los siglos IX-VIII a.C. Todo apunta a un relevante significado social o simbólico del lugar –residencia de elite, centro social o ceremonial?– del que el gran escudo sería un característico objeto de prestigio (Villa, 2002a, 162, 163; 2002b, 155-156). Esta realidad arqueológica muy singular puede poner de manifiesto la formación de jerarquías, potenciales clientelas de bienes de valor que, como el citado escudo, pudieron llegar por vía marítima y remontar el valle del Nave hasta enlazar con rutas interiores de muy antiguo uso a juzgar por la presencia de un extenso cordón de construcciones tumulares y megalíticas.

Precisamente el primer establecimiento del castro del Chao Samartín puede convertirse en un paradigma del compor-



Copa de tierra
sudgética
del castro de

ramiento de las comunidades del interior respecto a los intercambios comerciales. Prácticamente en toda la región cantábrica los valles fluviales adquieren un trazado perpendicular a la costa desde la cabecera de sus cuencas en el eje de la Cordillera Cantábrica, erigiéndose en las mejores rutas que unen las zonas de marina con las tierras del interior entre una orografía laberíntica. Es significativo que la mayor parte del poblamiento protohistórico conocido se adapte a esos ejes, con lo que debe presumirse su capitalización de las redes de intercambio. En definitiva, puede sospecharse que determinados puntos costeros fuesen la solución de continuidad marítima a largas rutas de comunicación con los valles interiores hasta pasar incluso a las tierras de la Meseta. Diversos hallazgos asturianos y cántabros —la punta Palmela del puerto de La Cubilla, los puña-

les de Puerto Gumial, las hoces de Belmonte y Ponga, el puñal y lanza de Sobrefoz, las hachas de Ledantes, Requejo y Salcedo— jalonan el recorrido de los productos por los valles altos de la región o ya en los pasos de montaña. Y aquí es preciso acudir al aire atlántico de la metalurgia broncea que reiteradamente se viene invocando en la Meseta norte (Delibes *et al.*, 1999), muchas de cuyas manifestaciones remontan los valles meridionales de la divisoria, lo que en parte se explica por la búsqueda de metalotectos cupríferos, pero que retienen toda su valía como continuación de las rutas transmontanas, como bien escenifican los hallazgos efectuados en los valles del Órbigo, Esla o alto Pisuerga. A diferencia del ribete cantábrico, las tierras meseteñas se encuentran abiertas a una gran diversidad de contactos multidireccionales, e incluso las influencias atlán-

mento de cerámica púnica
hallada en el
de Coaña (Asturias).

ticas pudieran provenir del noroeste y oeste peninsular. Ahora bien, con independencia de la mayor proximidad al mar de las planicies castellano-leonesas, es a través de la Cordillera Cantábrica cómo determinados productos del Bronce Final o ya de la Edad del Hierro, muestran una peculiar repartición asturleonera, caso de las hoces de empuje en lengüeta –nervadas o no–, colgantes con peana moldurada, broches laciformes tipo La Majúa y las hachas de apéndices laterales, aparecen en las provincias de Asturias y León junto a otros de más amplia distribución: calderos de planchas remachadas, espadas de lengua de carpa y picas de lanza tipo Venat entre otras manufacturas. Otro distintivo de la impronta atlántica en la metalurgia de la cultura soteña inicial es la comparecencia de bronce plomados, aunque sin llegar a las proporciones de las zonas marítimas (Delibes *et al*, 1999, 186). A pesar de disponer de una más rala información, esas corrientes norte-sur pueden igualmente propugnarse para Cantabria, con algunos materiales emparentables con la vecina Palencia, y el País Vasco, como reflejan algunas hachas de talón o la espada de Solacueva en Álava.

No obstante, ultrapasando dicho esquema interpretativo, al nivel de conocimiento actual subyacen serios inconvenientes para valorar el alcance real de los intercambios y de sus rutas. Más en concreto, en la región cantábrica hay grandes dificultades para determinar el carácter local, comarcal o foráneo de la mayor parte de las manufacturas, a causa de la multiplicidad de zonas productoras y de la constante refundición del metal en circulación. Parece claro que algunos castros, como Campa Torres y Camoca, eran centros fabriles de metal con gran influencia sobre su entorno comarcal, pero aún no se ha determinado el grado de inserción en las rutas transmarinas, aunque se supone que el tráfico a grandes distancias movería los denominados bienes de prestigio. De él dependía, sin duda, la circulación de la diversidad de metales necesarios en la transformación metalúrgica, tanto es así que la mayor cuantía de objetos metálicos de algunas regiones como Asturias podría interpretarse como parte de las compensaciones a su producción minera, de modo que la abundancia de cobre asturiano podía ser intercambiada con el estaño que casi monopoliza la zona noroccidental de la península propiciando un circuito comercial estaño-cobre (Calo y Sierra, 1983, 52). La inexistencia de focos autosuficientes del polimeta-



lismo requerido por la metalurgia broncea debió de haber sido habitual la circulación de lingotes metálicos y chatarra para reciclar.

Por otro lado, la ausencia de manufacturas mediterráneas al norte del Finisterre gallego da a entender que los agentes comerciales procedían de las zonas ribereñas atlánticas y eran continuadores de las rutas tradicionales, aunque la presencia fenicia en el sur y en el oeste de la península pudo incentivar indirectamente el tráfico comercial (Ruiz-Gálvez, 1986, 34-36). En modo alguno, estos intercambios comerciales pueden ser analizados desde perspectivas estrictamente mercantiles, tanto en lo concerniente a su cantidad y frecuencia, como a su finalidad. Si se contempla el valor de muchos de los objetos, su gran significado simbólico y las especiales condiciones económicas y sociales que deben subyacer para facilitar el establecimiento de redes de comercio de tanta extensión, es comprensible que su fundamento se cifre en el peso de jerarquías sociales de gran dispersión territorial.

SEGUNDA EDAD DEL HIERRO

En la segunda Edad del Hierro parece comprimirse la información arqueológica alusiva a contactos marítimos, a pesar del significativo incremento en la superficie global excavada en los castros de la época situados en la zona litoral. Un hecho decisivo, al menos para la parte central y occidental del Cantábrico, fue la vinculación de la metalurgia, tanto broncea como de hierro, a los patrones tecnológicos celtibéricos, circunstancia que orientó esta actividad, in-



Fragmento
plato pin
encontrado
A Lanza

cuestionablemente pujante en muchos castros, hacia rutas meseteñas.

Otra cuestión relevante desde el punto de vista de la secuencia habitacional patentizada en los castros de la ría de Villaviciosa, que puede tener una relación directa con el régimen de intercambios comerciales, es la crisis acontecida hacia el ecuador del primer milenio a.C. La residencia en los castros de Camoca y Olivar cesa, según los indicios, de forma pacífica, y se produce el derrumbe de las murallas, no mostrando ningún signo de ocupación atribuible a lo que se conoce como segunda Edad del Hierro. Varias dataciones C-14 estrangulan su espectro en torno a 500 a.C., por lo que ha de suponerse un abandono a lo largo del siglo VI. La fractura en el régimen poblacional se refleja también en el comienzo de la nueva fase, la cual aparece replegada a la cumbre del Picu Castiellu, en Moriyón, emplazamiento más elevado y de topografía menos adaptable que los anteriores, pero totalmente equiparable a su coetá-

neo de Caravia, situado poco más al oriente. En Moriyón surgió un primer poblado que ocuparía unos pocos centenares de metros cuadrados de la cumbre y sin obras defensivas aparentes. En fechas C-14 esta fase se centra en el siglo IV a.C. y su inicio no rebasa el 400 a.C. (Camino, 1999, 159). El poblado se reestructura y expande en el siglo III a.C. En este contexto es preciso reparar en el hiato estratigráfico señalado en algunas zonas de la Campa Torres, precisamente en ese intervalo que tiene su comedio en el siglo V a.C. (Maya y Cuesta, 1995, 110 y 112). En ello abundaría una total transformación urbanística que pudo acontecer hacia el siglo III a.C., con la edificación de la muralla visible actualmente y la creación de un nuevo plano residencial, según se ha propuesto a partir de la lectura estratigráfica de las excavaciones (Camino, 2000). ¿Son estos cambios la consecuencia de una crisis de las jerarquías dominantes que conllevó la caída también de los intercambios, en particular los ligados a la producción del metal?



de El Picu Castiellu
(Villaviciosa) desde
se controla el acceso
a la ría.

Es en La Campa Torres donde los objetos de importación, siempre escasos, aportan un rayo de luz en el oscuro panorama cantábrico. Varios fragmentos de cerámica ática de barniz negro, algunas ánforas greco-púnicas, una docena de cuentas de pasta vítrea y varios *kalathoi* serían los mejores exponentes de un comercio marítimo que cabe sospechar de cierta regularidad (Maya y Cuesta, 2001, 253), aunque para los últimos no debe rechazarse una llegada interior, incluso por el valle del Ebro considerando los lazos con la metalurgia celtibérica que manifiesta el poblado.

En la ría de Villaviciosa este período es monopolizado por el Picu Castiellu de Moriyón, poblado que ocupa un altura dominante del tramo final del estuario que en aquel tiempo llegaría hasta su base, la cronología de sus dos primeras fases abarca desde el 400 a.C. hasta el cambio de era (Camino, 1999, 150-160; Camino y Viniegra, 1999, 243-245). Las excavaciones, que incumbieron a una décima parte de su superficie habitable, no aportaron para la

época prerromana productos de procedencia mediterránea, excepción hecha de un par de cuentas de pasta vítrea, una de ellas oculada. El problema es que proceden de niveles superficiales, una de los inicios de la tercera fase, allá por el cambio de era, y otra del nivel subyacente al húmico. Además, como ocurre con otra pieza de La Campa, una masa de pasta vítrea oculada fue sometida a una manipulación al fuego lo que, si no es fruto de un acto experimental, pone en guardia ante posibles manufacturas sujetas a imitación local –las vitrificaciones en hornos metalúrgicos como resultado de la agregación de sílice como fundente eran conocidas en estos poblados–. Más al oriente, en la cueva cántabra de Cofresnedo se encontró otra cuenta vítrea asociada a un lote de hierros que puede encuadrarse en el período que estamos analizando (Smith, 1985, 51-53), y en la proyección meridional puede citarse otra en el castro de Morgovejo (Luengo, 1940, 176). Las cuentas vítreas suelen ser un distintivo de la repercusión del comercio

mediterráneo y son muy frecuentes en los castros gallegos. Sin embargo, también aparecen en el centro peninsular y en el valle del Ebro adonde pudieron llegar por itinerarios terrestres.

Normalmente la cerámica norteña se muestra muy poco expresiva para establecer relaciones más allá de áreas comarcales. Sin embargo, empiezan a llamar la atención ciertas particularidades y concomitancias occidentalizantes de cerámicas aparecidas en castros de ámbitos litorales del Cantábrico central. Valen estas consideraciones para algunos temas decorativos de la segunda Edad del Hierro, como estampillados de imitaciones de clavos, SSS, y otras varias que aparecen en Campa Torres y en menor medida en Moriyón, que se han interpretado como influencias del noroeste (Maya y Cuesta, 2001, 192-194). Algo parecido pudiera ocurrir con los motivos bruñidos que en ambos castros se datan a partir del siglo IV a.C. y cuyos mejores paralelos se encuentran también en el mundo gallego (Maya y Cuesta, 2001, 185). Un caso bastante más directo es el de algunas vasijas con perforaciones de suspensión protegidas con receptáculos cónicos que se registraron en La Campa y cuyas únicas analogías se localizan en castros de las Rías Bajas (Maya y Cuesta, 2001, 173; Rey, 1990-1991, 150, 151). Esta cuestión puede enriquecerse con la incorporación en algunas cerámicas de Moriyón de desgrasantes de mica, mineral que no es propio de las arcillas de esta zona de Asturias, pero sí muy abundante hacia el occidente. Las precedentes características plantean la posibilidad de que no se deban a meros influjos, sino que puedan existir auténticas importaciones de recipientes cerámicos desde el foco castreño del noroeste, ya sea como contenedores de determinados productos, bien como manufacturas en sí mismas. Ahora bien, el transporte de material cerámico en un largo recorrido por caminos a todas luces de herradura parece poco convincente, siendo más probable una alternativa marítima. Quizá tal sea la vía de llegada de una faja de granito ricamente labrada del castro de Moriyón y también el de los objetos áureos de este mismo castro y de La Campa, aunque haya testimonios de mineral aurífero en el centro de la región. Dentro de esta posible corriente de influjos intercastreños no pueden pasarse por alto los característicos vestíbulos o atrios que acompañan a varias de las viviendas del castro de Coaña y de algún otro próximo, como el de Calambre en Tapia de Casariego o La Corona de

Arancedo, cuyos mejores paralelos se localizan en poblados del bajo Miño –Santa Trega– y norte costero de Portugal –Santa Luzia, Terroso, Sanfins, Briteiros, Sabroso, Ancora, etc.– (López Cuevillas, 1989, 112), y donde por ahora cuentan con una mayor antigüedad, que en Terroso se plasma en los siglos III-II a.C. (Ferreira da Silva, 1986, 42).

Hace algunos años, entre los fondos de viejas excavaciones en el castro de Coaña, se identificó un borde de cerámica púnica de barniz rojo sin mayor asignación locativa (Maya, 1983-1984, 184). En el estado actual de conocimiento del poblado, sin documentación estratigráfica anterior al siglo I d.C., resulta problemática la valoración de esta pieza, que no deja de abrir sugestivas posibilidades a futuras investigaciones. De hecho, se ha sugerido que las denominadas cerámicas excisas referenciadas de antiguo en el castro por A. García y Bellido podrían tratarse de ornamentos impresos similares a los del siglo IV a.C. del Chao Samartín (Villa, 2002a, 160). Debajo del castro, en pleno estuario del Navia, hay un lugar denominado Porto que puede testimoniar una zona de atraque antiguo en consonancia con las óptimas condiciones de navegación de la ría del Navia (Jordá, 1983, 9).

INFLUENCIAS ROMANAS

Prácticamente en todo el Cantábrico persiste la dificultad de las fuentes arqueológicas en aportar alguna luz sobre la actividad comercial en las primeras décadas tras la conquista romana. Salvo algo de numerario, de poca valía por su larga vigencia temporal y prolija circulación geográfica, sorprende la extrema escasez de productos tardorrepublicanos, afirmación que casi puede extenderse a la mayor parte de la dinastía julio-claudia.

Dicho aserto se pone de manifiesto en el Cantábrico oriental, donde se consigna *terra sigillata* itálica tardoaugusta en Irún, que no está libre de asociarse también a la ruta terrestre del valle del Ebro, y *terra sigillata* gálica en la misma Irún, Castro Urdiales, Santoña y Santander (Fernández Ochoa y Morillo, 1994). Estos hallazgos tienen, con todo, la peculiaridad de responder a establecimientos costeros de fundación romana, algunos coincidentes con las instalaciones portuarias en el tramo oriental del Cantábrico referenciadas por Plinio (N.H., IV), y donde los poblados indí-



Fragmentos de oro de Moñes
(Piloña).

genas predecesores, como el de Peña Sámano respecto a Castro Urdiales –Flaviobriga– (Bohigas *et al.*, 1999, 88), habrían entrado en inequívoca decadencia. Quizá, los nuevos enclaves sean herederos de la presencia de la armada romana en esta parte de la costa durante los episodios de conquista, cuya virulencia en la región cántabra están confirmando las investigaciones arqueológicas de E. Peralta, a reserva de que no hay documentados materiales anteriores a Tiberio.

Haya sido así o no, lo cierto es que la situación emanada de tales asentamientos costeros, propiamente portuarios, choca, por ahora, con la del segmento restante del Cantábrico en el que la vitalidad reside todavía en los castros, y probablemente hasta bien avanzado el siglo II d.C. Como reflejo de ese dualismo regional los derroteros costeros en que se basan los autores clásicos aluden al *oppidum Noega* –Campa Torres– y a los principales ríos cuya desembocadura da lugar a amplios estuarios, en los que, además, se concentra un crecido número de castros. No obstante, como se acaba de decir, tampoco se aprecia permeabilidad a los productos mediterráneos hasta mediado el siglo I d.C. Sólo La Campa Torres rompe esa atonía con unas piezas itálicas que refrendan la temprana presencia romana transmitida por la lápida monumental erigida a Augusto a comien-

zos de la era. La continuidad residencial en el solar del castro prerromano, aunque con una profunda transformación del urbanismo que incorpora patrones constructivos mediterráneos, y la importación de múltiples objetos señala el interés por aprovechar la funcionalidad del emplazamiento dentro de los novedosos intereses romanos, muy probablemente manteniendo la conexión con las rutas marítimas por las que pudieron llegar también los productos de *Montans* como se sostienen para otras áreas atlánticas bien conocidas (Martin, 1986, 70, 71). A la vista del modelo de cambio seguido en el castro de La Lanzada ante la influencia púnica (Suárez y Fariña, 1990), sería muy lógico que La Campa durante los primeros tiempos de la romanización pudiera acogerse al modelo de *port of trade* (Camino, 1995, 206), papel comercial que con los matices de escala que se quiera pudo haber tenido en los siglos anteriores (Maya y Cuesta, 2001, 254, 255).

Por lo demás, debe ser subrayada la frecuencia con que se manifiestan los productos de importación en los castros de la cuenca del Navia y límites, la zona más investigada del Cantábrico, los cuales pudieron operar como centros distribuidores o consumidores en una región que desde mediados del siglo I d.C. hasta bien avanzado el II conoce el florecimiento de la minería aurífera. Recipientes africanos

de Coaña, Arancedo y Chao Samartín, la *sigillata* gálica, tanto de Montans como de La Graufesenque, de Mohías, Coaña, Pendar, La Escrita, Arancedo, San Chuis, Os Castros de Taramundi y El Chao Samartín (Menéndez Granda y Benítez, 2002), la *marmorata* de este último y los vidrios de Coaña y El Chao pudieran tener, en parte, su procedencia en un comercio marítimo que remontaba el Navia e interseccionaba con la vía interior de *Lucus Asturum-Lucus Augusti* en plena zona aurífera. En el centro de Asturias, la fase romana del Castiellu de Llagú aportó material anfórico y *sigillata* sudgálica (López, Álvarez y López, 1999, 245, 246; Berrocal, Martínez y Ruiz, 2000). Camino del cabo Ortegá se conocen recipientes anfóricos en Fazouro, Bares, Espasante y Ortigueira, este último un hallazgo subacuático que pudiera relacionarse con un pecio, y *terra sigillata* gálica en el castro de Vilamar, situado al fondo de la ría de Foz en la ruta hacia el interior de Lugo (Naveiro, 1991, 66 y 239).

Como puede verse, el repertorio de objetos importados por vía marítima o razonablemente foráneos es escaso hasta la mitad del siglo I d.C. en que determinados productos romanos repentinamente adquieren gran dispersión.

CASTROS Y FONDEADEROS NATURALES

Un hecho de particular interés concerniente a este tema es la distribución costera que presenta un buen número de castros y poblados fortificados a lo largo de la costa cantábrica, siguiendo morfologías que son bien conocidas en el litoral atlántico gallego y en menor medida en el norte de Portugal (Romero Masiá, 1980; Coelho, 1986). Esa vinculación litoral puede ser absoluta cuando los poblados se emplazan en el mismo frente costero, o puede entenderse en un sentido más laxo cuando se encuentran en un *hinterland* cercano, bien en los resaltes de las rasas o en el pie de monte de las sierras litorales, bien por los valles fluviales que progresan hacia las tierras del interior. Los castros del primer tipo se encuentran con bastante regularidad en la mitad occidental del Cantábrico, desde el cabo Ortegá hasta Colunga, en las provincias de Lugo y Asturias, señalándose casi sesenta asentamientos, aunque la mayor parte se encuentra al oeste del cabo Peñas (Romero Masiá, 1980 y Camino, 1995). Dicha clase de emplazamientos continúa por las Rías Bajas y algo del norte de Portugal,

pero es posible que también se prolongue, aunque en una indudable menor cuantía, hacia el Cantábrico oriental a juzgar por recientes localizaciones en las proximidades de Llanes (Camino, Del Frade y Barroso, 2003) y de San Vicente de la Barquera (Peralta, ep.). Bajo el segundo criterio se sumaría otra cantidad superior a la precedente, con la particularidad de que los poblados ubicados en las proximidades del litoral llegan ya sin duda alguna hasta el golfo de Vizcaya, a pesar de que ciertamente su número sea inferior al de la zona occidental, hecho en el que, hasta cierto punto, puede intervenir todavía una prospección insuficiente.

No obstante, una parte considerable de los castros y poblados prerromanos se localiza en los márgenes de los principales estuarios cantábricos. Las rías constituían los mejores itinerarios de navegación, pues superada la barra de entrada ofrecían refugios amplios y seguros y, al mismo tiempo, permitían adentrarse en el interior continental casi siempre más de una decena de kilómetros. No es de extrañar que muchas fundaciones urbanas de la Edad Media con un indudable componente comercial se asentasen en el interior de esas rías: Vivero, Castropol, Navia, Pravia, Avilés, Villaviciosa, Ribadesella, San Vicente de la Barquera, Guernica, Bilbao, etc., coincidiendo en demasiados casos con enclaves castreños cercanos para obedecer a la casualidad. Debe retenerse, además, que las rías son el final de largos colectores cuyo seguimiento permite conectar a través de rutas naturales con las tierras del interior. En la Edad Media, e incluso después, hay abundantes testimonios de que las rías eran navegables para los barcos fluviales o de poco calado prácticamente hasta donde llegaban las incidencias de la marea. En este sentido, desde su aparición, la función de los castros que ribeteaban los márgenes de las rías pudo ser el de centros de intercambio y distribución que enlazaban las rutas terrestres al tráfico marítimo, salvando la distancia de escala y tiempo, en un modelo que fue ejemplificado para las ciudades europeas medievales por H. Pirenne y aplicó J. Uría Rúa en las nacientes villas del Cantábrico. Prácticamente los ámbitos de todas las rías y valles costeros de alguna entidad entre Ortegá y Villaviciosa fueron utilizados por los poblados castreños: Ortigueira, Barqueiro, Vivero, Foz, Eo, Navia, Nalón, Avilés, Aboño y Villaviciosa. Sin embargo, el número de instalaciones es muy variable, ya que mientras algunas como las de Orti-



del castro del
Chao Samartín
(Salme).

gueira y Eo dan lugar, en consonancia con su amplitud, a más de una decena de enclaves, otras, como las de Vivero y el Nalón, contienen una o dos localizaciones.

En la mitad oriental del Cantábrico, al este de la desembocadura del Sella, el poblamiento prerromano fuera de las ocupaciones en cueva es tradicionalmente escaso o inexistente. No obstante, en los últimos años las prospecciones arqueológicas han revelado la presencia frecuente de poblados fortificados en las provincias vascas (Peñalver, 2001), aunque en Cantabria son pocos aún los casos reconocidos, adscritos genéricamente todos ellos a la Edad del Hierro por más que algunos recibieron incipientemente la romanización. Parece que todavía unos pocos de la zona de Llanes y San Vicente de la Barquera mantienen la ubicación costera, pero más al este los recintos documentados, a veces de grandes dimensiones, se retiran hacia el fondo de las rías, ensenadas y valles abiertos a la costa, así ocurre en Santander, Castro Urdiales, Nervión, Guernica y Deva, per-

sistiendo notables vacíos como los de Torrelavega o Bidasoa. Ciertamente, el número de poblados es inferior al del otro extremo del Cantábrico y con frecuencia se reduce a uno o dos ejemplares por valle o estuario, pero es posible que los yermos poblacionales tengan más que ver con la irregular intensidad de las prospecciones.

La potencialidad portuaria de los entornos de los castros asentados en el frente litoral es mucho más relativa por su emplazamiento a mar abierto y depende de la valoración a que se sometan, entre otros factores, la entidad del refugio, la distancia al poblado y las condiciones marítimas, si bien en líneas generales puede aceptarse que casi todos los castros tienen en sus inmediaciones lugares aptos para el fondeadero de naves de cabotaje. No obstante, su función pudo ser indudablemente importante como centros de apoyo en las rutas marítimas. No cabe duda que la existencia de un poblamiento costero regularizado ofrecía no sólo un mercado potencial, sino, sobremanera, un apoyo

inestimable al crear un paisaje humanizado dispuesto a soportar las contingencias de viajes arriesgados. Y de la trascendencia que tiene para la navegación el conocimiento de las costas, los refugios de urgencia, los lugares para aguas, suministros o reparaciones, los elementos de señalización costera, etc. saben bien los marinos.

Pese a no disponer de una documentación arqueológica todo lo representativa que sería de desear, como bosquejo hipotético el significado de algunos de estos castros podría inferirse mejor de su situación ante determinadas condiciones geográficas relevantes. Es lo que pudiera ocurrir en el dominio del cabo Peñas, el principal saliente del Cantábrico desde el cabo Ortegaleku que, realizado por un cantil de más de un centenar de metros de altura, hacen de él un inconfundible hito en la navegación litoral agudizado, a su vez, por la peligrosidad de su derrotero —exposición al temporal, particular incidencia de brumas o vientos cambiantes y afloramiento de bancos rocosos alejados—, por lo que no tiene nada de particular que tanto las fuentes clásicas, como las medievales lo bautizaran con los significativos términos *paeninsula* y *promontorium*, o que los derroteros recomendaran su franqueo por naves de calado varias millas mar adentro. La ancha base del cabo, de forma claramente triangular, queda definida por otros inconfundibles hitos en el paisaje costero: la ría de Avilés y su saliente atalaya por el oeste, y el cabo Torres y la rada de Gijón al este. Sobre la barra de entrada a la ría avilesina se localiza una fortificación castreña —el Cantu la Final— con una escasa capacidad habitacional y en cuya ladera se encontró *tegula* con la marca LICINIVS, aparecida también en La Campa Torres. En el lado oeste del cabo Peñas se localizan dos castros más. El Castiellu de Molín del Puertu es un pequeño saliente desde el que se divisa con nitidez la punta de aquel cabo. Del acantilado se recogieron algunos productos romanos, entre ellos cerámica de almacenaje y una *terra sigillata* hispánica de la forma 15/17, y restos de fundición. Su interior está dominado por el cráter de una construcción circular de una docena de metros de diámetro y tres de altura que sugiere su identificación como torreón —¿también atalaya o faro?— Más destacado, aún, es que en el costado oriental del castro se forma una pequeña caleta, el Puertu Llamperu, en la que solían buscar refugio los pescadores ante sucesos de navegación imprevistos y por cuyas aptitudes da nombre al lugar. El otro castro —Los Garabetales— aparece algo más al

este y no dispone de atribución cronológica arqueológica alguna, pero coincide con una espaciosa abra formada en la base del cabo Peñas que permite fondear al abrigo de los vientos del nordeste, muy frecuentes en las singladuras de primavera y estío. El lado oriental del cabo es el más protegido de las condiciones atmosféricas dominantes y cuenta con varias ensenadas y fundaciones portuarias medievales, aunque entre las primeras han de citarse los restos romanos de impreciso significado de Bañugues, un pequeño fondeadero natural entre otros próximos. No obstante, todo ese costado del cabo es dominado por el saliente de La Campa Torres, solar del poblado prerromano y romano con probado protagonismo marítimo y puerta de la ensenada de Gijón. Este escueto comentario de una realidad arqueológica en torno a uno de los hitos del derrotero Cantábrico advierte de la hipotética complejidad que la navegación pudo haber adquirido, sin duda ya en época romana, con probables puntos de apoyo especializados, pero también evidencia con crudeza los mermados recursos que nuestra sociedad faculta para el conocimiento arqueológico del pasado.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M., 1976, «La espada de Entrambasaguas. Aportación a la secuencia de las espadas del Bronce en el norte de la Península Ibérica», *XL Aniversario del Centro de Estudios Montañeses*, t. III, Institución Cultural de Cantabria, Santander, 453-477.
- ALONSO ROMERO, F., 1999, «Las rutas atlánticas de los monjes irlandeses y bretones en la Alta Edad Media», *Os celtas da Europa Atlántica, Actas do 1º Congreso Galego sobre a cultura celta*, Ferrol, 73-105.
- ARIAS CABAL, P. y ARMENDARIZ GUTIÉRREZ, A., 1998, «Aproximación a la Edad del Bronce en la región Cantábrica», *A Idade do Bronce en Galicia: novas perspectivas* (ed. R. Fábregas Valcarce), *Cuadernos do Seminario de Sargadelos*, 77, A Coruña, 47-80.
- ARIAS VILAS, F., 1979, «El castro de Penarrubia (Lugo) y la novedad de su datación por C14», *XV Congreso Nacional de Arqueología* (Lugo, 1977), Zaragoza, 613-622.
- BERROCAL RANGEL, L., MARTÍNEZ SECO, P. y RUIZ TRIVIÑO, C., 2002, *El castiellu de Llagú. Un castro astur en los orígenes de Oviedo*, Real Academia de la Historia, Madrid.
- BOHIGAS, R., UNZUETA, M., MOLINERO, J. T. y FERNÁNDEZ, F., 1999, «El castro de la Peña de Sámano: *oppidum (s)amanorum, Regio cantabrorum* (eds. J. M. Iglesias y J. A. Muñiz), *Caja Cantabria*, 79-89.
- BLAS CORTINA, M. A. de, 1991-1992, «Nuevos testimonios metalúrgicos de la edad del Bronce en el centro-occidente de la región cantábrica», *Veleia*, 8-9, Vitoria, 109-137.
- 1994, «El anillo áureo de tiras de la Mata'l Casare I y su localización megalítica», *Madridrer Mitteilungen*, 35, Mainz, 107-122.
- 1998, «Producción e intercambio de metal: la singularidad de las minas

- de cobre prehistóricas del Aramo y El Milagro (Asturias)», *Minerales y metales en la prehistoria reciente. Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la península ibérica* (coor. G. Delibes de Castro), *Studia Archaeologica*, 88, Universidad de Valladolid, 71-103.
- CALO LOURIDO, F. y SIERRA RODRÍGUEZ, X.C., 1983, «As orixenes do castrexo no Bronce Final», *Estudos de cultura castrexa e de historia antiga de Galicia* (ed. G. Pereira Menaut), Universidade de Santiago de Compostela, Instituto de Estudos Galegos Padre Sarmiento, 19-85.
- CAMINO MAYOR, J., 1995, *Los castros marítimos en Asturias*, *Fuentes y estudios de Historia de Asturias*, 7, RIDEA, Oviedo.
- 1999, «Excavaciones arqueológicas en castros de la ría de Villaviciosa. Precisiones cronológicas», *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1995-1998*, Principado de Asturias, Oviedo, 151-161.
- 2000, «Las murallas compartimentadas en los castros de Asturias: bases para un debate», *Archivo Español de Arqueología*, 73, Madrid, 27-42.
- FRADE, H. DEL y BARROSO, R., 2003, «La Punta la Torre, ¿el primer castro de la maraña oriental d'Asurias?», *Revista Astures*, 34, 35.
- y VINIEGRA PACHECO, Y., 1999, «El horizonte cronológico y cultural de la Edad del Hierro en Asturias. El caso de la ría de Villaviciosa», *II Congreso de Arqueología Peninsular* (Zamora, 1996), t. III, *Primer Milenio y Metodología* (ed. R. de Balbín y P. Bueno), Fundación Rei Afonso Henriques, 239-248.
- COFFYN, A., 1985, *Le Bronze Final Atlantique dans la Peninsule Ibérique*, París.
- CUESTA, F., JORDÁ, J., MAYA, J. L. y MESTRES, J. S., 1996, «Radiocarbono y cronología de los castros asturianos», *Zephyrus*, XLIX, 225-270.
- DELIBES DE CASTRO, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J., FONTANEDA PÉREZ, E. y ROVIRA LLORENS, S., 1999, *Metallurgia de la Edad del Bronce en el piedemonte meridional de la Cordillera Cantábrica*. La Colección Fontaneda, *Arqueología en Castilla y León*, 3, Monografías.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C. y MORILLO CERDÁN, A., 1994, *De Brigantium a Oïasso. Una aproximación al estudio de los enclaves marítimos cantábricos en época romana*, *Temas de arqueología*, n.º 3, Foro, Madrid.
- FERREIRA DA SILVA, A.C., 1986, *A cultura castreja no noroeste de Portugal*, Museo Arqueológico da Citania de Sanfins, Paços de Ferreira.
- HAWKES, C. F. C., 1952, «Las relaciones en el bronce final, entre la Península Ibérica y las Islas Británicas con respecto a Francia y la Europa Central y Mediterránea», *Ampurias*, XIV, 80-119.
- JORDÁ CERDÁ, F., 1983, *Nueva guía del castro de Coaña (Asturias)*, *Guías de arqueología asturiana*, n.º 1, Fundación Pública de Cuevas y Yacimientos Prehistóricos de Asturias.
- LÓPEZ-CUEVILLAS, F., 1989 (reed. de 1953), *La civilización céltica de Galicia*, Istmo, Madrid.
- LÓPEZ, L. F., ÁLVAREZ, Y. y LÓPEZ, M. A., 1999, «Excavación en el castro de Llagú, Latores (Oviedo, 1998). Avance de los resultados», *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1995-1998*, Principado de Asturias, Oviedo, 237-251.
- LUENGO Y MARTÍNEZ, J. M.ª, 1940, «El castro de Morgovejo (León)», *Atlantis*, XV, 170-177, Madrid.
- MAC WHITE, E., 1951, *Estudios sobre las relaciones atlánticas de la Península Hispánica en la Edad del Bronce*, *Disertaciones Matritenses*, II, Madrid.
- MARTIN, JH., 1986, *Monéans*, *Documents d'Archéologie Française*, n.º 6, París.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L., 1983-1984, «Hábitat y cronología de la cultura castreña en Asturias», *Portugalia*, III-IV, Oporto, 175-198.
- MAYA, J. L. y CUESTA, F., 1995, «Estratigrafía e interpretación histórica de la Campa Torres (1991-1994)», *Excavaciones arqueológicas en Asturias, 1991-1994*, Principado de Asturias, Oviedo, 105-116.
- 2001, *El castro de La Campa Torres. Período prerromano, serie Patrimonio*, 6, Ayuntamiento de Gijón.
- MENÉNDEZ GRANDA, A., y BENÉITEZ GONZÁLEZ, C., 2002, «La ocupación romana en castros asturianos a través del ajuar cerámico: análisis historiográfico», *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*, *Coloquios de Arqueología en la cuenca del Navia*, Homenaje al Prof. Dr. José Manuel González y Fernández-Valles (ed. M.A. de Blas y A. Villa), Navia, 279-299.
- MONTEAGUDO, L., 1983, «Koiné del Bronce Atlántico?», *I Coloquio Galai-co-Mmhoto*, t. II, Braga, 365-398.
- NAVEIRO LÓPEZ, J. L., 1991, *El comercio antiguo en el N.W. peninsular*, *Monografías urgentes do museo*, n.º 5, Museo Arqueológico, A Coruña.
- PEÑALVER IRIBARREN, X., 2001, *El hábitat en la vertiente atlántica de Euskal Herria. El Bronce Final y la Edad del Hierro*, *Kobie*, anejo 3, Diputación Foral de Bizkaia.
- PEREDA SAIZ, E., 1999, «El Alto de La Garma: un castro de la Edad del Hierro en el bajo Miera», *Regio cantabrorum* (eds. J.M. Iglesias y J.A. Muñoz), Caja Cantabria, Santander, 63-77.
- RAMIL GONZÁLEZ, E., 1989, «Castros do concello de Ortigueira (Ortigueira, A Coruña)», *Arqueoloxía/Informes*, 1, *Campaña 1987*, Xunta de Galicia, A Coruña, 58-63.
- REY CASTIÑEIRA, J., 1990-1991, «Cerámica indígena de los castros costeros de la Galicia occidental: Rías Bajas. Valoración dentro del contexto general de la cultura castreña», *Castrelos*, III-IV, Museo Municipal «Quiñones de León», Vigo, 141-163.
- ROMERO MASÍ, A. M.ª, 1980, «Asentamientos castreos costeros no norde de Galicia», *Gallaecia*, 6, A Coruña, 61-80.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. L., 1986, «Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce», *Trabajos de Prehistoria*, 43, Madrid, 9-42.
- Bronce Atlántico y «cultura» del Bronce Atlántico en la Península Ibérica, *Trabajos de Prehistoria*, 44, 251-264.
- 1998, *La Europa atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*, Crítica, Barcelona.
- SMITH, P., 1985, «Restos de la Edad de Hierro en Matienzo (Santander)», *Altamira*, XLV, 45-63.
- SUÁREZ OTERO, J. y FARIÑA BUSTO, F., 1990, «A Lanzada (Sanxenxo, Pontevedra), definición e interpretación de un yacimiento castreño atípico. Apuntes para un estudio de los intercambios protohistóricos en la costa atlántica peninsular», *Madrid Mitterlungen*, 31, 309-337.
- UNZUETA PORTILLA, M., 1996, «El período romano en la vertiente cantábrica de la Comunidad Autónoma vasca: las evidencias arqueológicas del proceso romanizador (siglos I a.C. a II d.C.)», *Los finisterres atlánticos en la antigüedad. Epoca prerromana y romana* (coor. C. Fernández Ochoa), Electa, Ayuntamiento de Gijón, 165-170.
- VILLA VALDÉS, A., 2002a, «Periodización y registro arqueológico en los castros del occidente de Asturias», *Los poblados fortificados del noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña*, *Coloquios de arqueología en la cuenca del Navia*, Homenaje al Prof. Dr. José Manuel González y Fernández-Valles (ed. M.A. de Blas y A. Villa), 159-188.
- 2002b, «Sobre la secuencia cronoestratigráfica de los castros asturianos (siglos VIII a.C.-II d.C.)», *Trabajos de Prehistoria*, 59 n.º 2, 149-162.